

¡Abajo los Alpes, qué se vea el Mediterráneo!, Editorial por Walter Ruggle

Ya han pasado veinte años desde que en Suiza, un movimiento juvenil llamó la atención pública. Su rebelión, a comienzos de los ochenta, se dirigió contra la cultura establecida. Exigió una repartición más justa de los fondos públicos y más espacios autónomos. En el extranjero se percibió esta revuelta con cierta extrañeza, ¿no se suponía acaso que en Suiza todo estaba perfectamente ordenado y funcionaba de lo mejor? Mientras duró el movimiento brotaron graffiti sobre los immaculados muros suizos. Uno de ellos decía "¡Abajo los Alpes, qué se vea el Mediterráneo!"

Al concebir este programa de películas y reflexionando sobre algunas de ellas, esa inscripción me volvió a la mente. Entre otras cosas ella expresa la añoranza, el deseo alpino por escaparse de la estrechez de las montañas, para alcanzar la amplitud del mar y disfrutarla. Esto tiene que ver con el anhelo de otro paisaje, pero representa también un estado de ánimo, el deseo de espacio, y la apetencia por un ritmo de vida más contemplativo. Claro que aquí en Suiza amamos nuestras montañas, nos esforzamos también una y otra vez en escalar sus cimas, y tal vez lo hacemos con la esperanza de poder, desde allá arriba, vislumbrar en la lejanía lo azul del mar.

El mar es una meta de ensueño para la gente de un país sin acceso al mar. En ciertas películas, hay imágenes y tomas donde, ante los lagos suizos, la perspectiva ha sido escogida de tal forma que el agua no se topa con la orilla de enfrente y se funde con el cielo, creando una ilusión de mar. Aquí también se busca una mirada sin orilla. Varios cineastas realizaron entonces en nuestro lugar el sueño de tener vista al mar, llevando sencillamente imágenes e historias de éste a la pantalla, a nuestra ventana hacia el mundo. El caso más evidente es el de *Hors Saison* de Daniel Schmid. Acercando el caracol a su oído, el joven se lleva el mar a su aldea de montaña. Al final, el tragaluz del techo se abre y en vez de una imponente cordillera, se nos brinda una vista libre sobre el mar. La añoranza, el deseo, la nostalgia, sin olvidar la inmensa superficie de proyección que también representa el mar, deben de haber sido siempre estímulos para los cineastas. Nos hemos tomado la libertad de interpretar ampliamente el tema de este ciclo y de variarlo, como si siguiéramos la trayectoria del agua desde su fuente hasta su desembocadura en el mar. A aquellos que moran cerca del mar tal vez también les pueda interesar lo que hace el agua entre los montañeses de dónde proviene esa cantidad de agua que baña sus costas. Por eso, entre los films escogidos, hay algunos en los que no se sale de Suiza pero que nos dejan percibir a través del agua, que la vida no se acaba en las fronteras que impone el ser humano. Películas que hablan, como *Le voyage de Noémie* de Michel Rodde, de una curiosidad infantil que consiste en querer saber hacia dónde va el agua cuando desaparece tras una frontera nacional.

No olvidemos que el agua es, entre los elementos, el más cinematográfico, siempre en movimiento, en perpetua transformación incluso en cuanto a su estado físico. Hay corto metrajes que juegan con este hecho o que justamente utilizan el movimiento continuo de la película. Entre los cineastas que concretan el sueño del mar se encuentra el ginebrino Alain Tanner que tiene una relación autobiográfica con un puerto y que realizó en Génova (*Les hommes du port*) y en Lisboa (*Dans la ville blanche*) unos homenajes maravillosos a la existencia frente al mar y que se dejaron inspirar por el tiempo del mar. Hay algunos que buscan una aproximación

ensayística a la comprensión de este fenómeno, es el caso de Bruno Moll con *Gente di Mare*. Soñar el mar, en Suiza, se limitará a menudo, inevitablemente, a soñar ante el lago, pero la fascinación del agua se expresa con variaciones, en películas como *Vollmond* de Fredi Murer (en la que uno de los personajes principales se llama Wasser [agua]) o en *Signers Koffer* de Peter Liechti. ¿Hay algo en común entre estas películas? En realidad no. Y si acaso, sería el hecho de hablar de una vida que fluye, desde una fuente hasta su desembocadura en un mar.